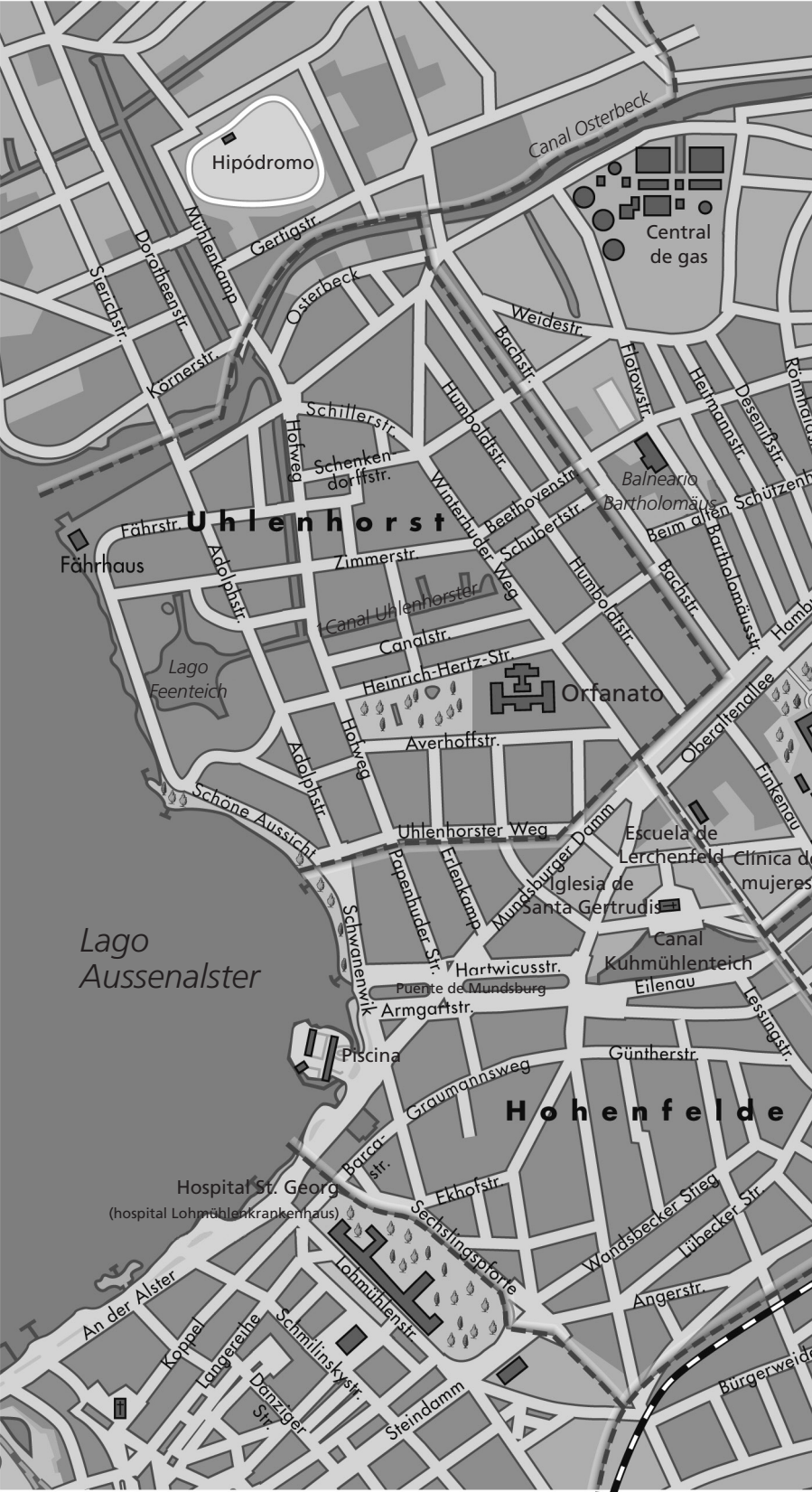


CARMEN KORN

HIJAS DE UNA NUEVA ERA

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta



Hamburgo 1919



MARZO, 1919

Henny levantó la cabeza y aguzó el oído. Del patio le llegó un sonido al segundo piso, un sonido nostálgico, como el tañido de las campanas y el canto de un mirlo. Le vinieron a la memoria los sábados de su infancia. Los destellos en el agua del bidón que utilizaban para recoger la lluvia. Las bayas blancas de los groselleros que crecían junto a la pared trasera del patio. El olor del bizcocho que horneaba su madre para el domingo. Su padre, que había llegado del despacho y silbaba suavemente mientras se aflojaba la corbata y se desabrochaba el cuello de la camisa.

Henny se acercó a la ventana, la abrió y escuchó el sonido que la había hecho evocar todas esas imágenes: el chirrido del viejo columpio.

Faltaba mucho para el verano. El niño que estaba subido en el columpio llevaba polainas de punto basto y un abrigo corto; el cielo era gris, los groselleros aún estaban pelados. Sin embargo, en el campo ya se veían los primeros brotes, en la orilla crecían campanillas de primavera y la luz parecía más esperanzadora que unos días atrás. Los duros meses de invierno habían pasado y, con ellos, los oscuros años de la guerra.

—¿Cómo es que aún estás en camión, hija, y ahí plantada, con el frío que hace? —Henny se volvió hacia su madre, que había entrado en la cocina y se acercaba a la ventana, donde estaba ella—. No son ni las ocho y la señora Lüder ya ha dejado que el niño salga

al patio. —Else Godhusen sacudió la cabeza—. Anda, espabila. Todavía queda agua caliente en el hervidor, te la echo en la palangana.

El niño se bajó del columpio y Henny dejó de verlo. Posiblemente había entrado en casa por el sótano. El columpio aún estuvo meciéndose un rato. Henny se apartó de la ventana y fue al fregadero con la palangana esmaltada, dejó correr el agua fría sobre la caliente del hervidor y corrió la cortina de tieso algodón blanco, cuyos bordados deshilados se arrastraban por el suelo de linóleo. Las anillas de la cortina se deslizaron por la barra de hierro y el blanco algodón formó un pequeño reservado en medio de la cocina.

La barra de hierro la había llevado su padre poco después de que Henny cumpliera doce años. «La niña se está desarrollando —había dicho Heinrich Godhusen—. No puede ser que la veamos cuando se baña.» El día anterior, Henny había cumplido diecinueve años, y su padre hacía tiempo que estaba muerto. Había caído en la Gran Guerra.

Henny se quitó el camisón y cogió el jabón de violetas. No era tan áspero como el que había en tiempos de guerra, que apenas contenía grasa y en el que prácticamente había de todo, hasta barro para hacer ladrillos. Sumergió un instante el preciado jabón en el agua y lo pasó de una mano a otra, pensativa, hasta que hizo un poco de espuma. Luego empezó a lavarse de la cabeza a los pies.

—Huele toda la cocina —observó su madre, orgullosa de habérselo regalado.

El jabón estaba en la mesa con los regalos de Navidad, junto a un maletín de comadrona de segunda mano pero en buen estado. Else Godhusen había sacrificado un poco de margarina para que el cuero oscuro estuviera lustroso. «Para la futura comadrona —afirmó—. Es mejor incluso que enfermera. Tu padre estaría muy orgulloso.»

Madre e hija quisieron impedir que se fuese a la guerra precipitada y voluntariamente a sus treinta y ocho años. «No te hagas el héroe», le dijo Else. Pero Heinrich Godhusen se dejó llevar por el delirio patriótico de agosto de 1914. Agitó el sombrero; no el rígido, sino el ligero sombrero de paja, que con tanta alegría se movía. «Larga vida a Alemania. Larga vida al káiser.» La banda tocaba, en los cañones de los fusiles había flores.

Se fue a la guerra, murió y lo enterraron en suelo polaco, en Mazovia. El segundo batallón del regimiento de reserva ya estaba en el Frente Oriental en septiembre. «La guerra es el infierno», escribió Heinrich a Else. Pero de eso Henny no sabía nada.

—Me dio la impresión de que Käthe te tenía un poco de envidia por el maletín —comentó Else Godhusen—. A ver con qué bolsa aparece en la Finkenau. Aunque lo raro es que la hayan cogido, la verdad, con lo descuidada que es. Me di cuenta nada más verla de que no llevaba las uñas muy limpias.

—Basta, mamá —pidió Henny tras la cortina. Su mejor amiga de la infancia había dudado a la hora de solicitar también un puesto de aprendiz. Ser comadrona en la Finkenau, que desde hacía cinco años se consideraba una de las mejores casas de maternidad de todo el estado, le parecía demasiado ambicioso a Käthe, que ayudaba en una casa de beneficencia—. La conoces desde que tenía seis años, pero a veces pienso que no te cae bien. —Cogió el camisón que había dejado en la barra.

—Puedes salir desnuda tranquilamente. Con tu madre no debería darte vergüenza, y en la cocina no hace frío.

Henny descorrió la cortina y apareció con el camisón puesto.

—¿Has oído lo que te he dicho? —preguntó Henny.

—¿Acaso no fui al sótano a por la última botella de vino del Rin de tu padre para beberlo contigo y con Käthe?

—¿Eso significa que ahora te cae bien?

La madre de Henny se tomó su tiempo antes de contestar.

—Me cae bien —dijo al cabo de un rato—, lo que pasa es que tú eres más elegante.

—A tu madre le falta un tornillo —había comentado Käthe el día anterior por la tarde, al despedirse de Henny en la puerta de su casa—. Y de lo cabezota que es en temas de política mejor no digo nada.

El cumpleaños empezó bien. Se terminaron la botella de Oppenheimer Krötenbrunnen de 1912 y bebieron un vino espumoso que había envejecido demasiado y estaba oscuro por la oxidación. Brindaron por Henny y por su padre, que en paz descansara, y después por el futuro y por las futuras comadronas. Lo acompañaron de pan con cebolla y pepinillos en vinagre, que Else encontró entre unos tarros de confitura vacíos.

—Una vez Heinrich y yo pedimos consomé con láminas de oro de verdad —contó, deleitándose con el recuerdo—. En la ostrería Cölln's. A tu padre no le gustaron las ostras, le supieron demasiado a pescado.

—Oro en la sopa. —Käthe sacudió la cabeza—. En el hotel Reichshof hay pastelitos franceses con un glaseado rosa y almendras caramelizadas que también brillan. Pero los cupones no valen.

—A ti siempre te ha perdido lo dulce. —La madre de Henny parecía ofendida, le habría gustado recrearse un poco más en el esplendor de antes de la guerra—. No entiendo que vuelva a haber *petits fours* cuando hace nada estábamos en guerra con los franceses. Dicho sea de paso, ¿cómo es que vas al hotel Reichshof, Käthe?

—De postre hay bizcocho marmolado —se apresuró a decir Henny para llevar la conversación hacia un terreno menos peligroso.

—Ha quedado pequeño. Los ingredientes no daban para el molde grande. A Käthe no le llegará al diente.

—En ese caso será mejor que no lo toquemos —repuso Käthe—. Seguro que da pena.

Quizá a Else Godhusen no le sentara bien el vino espumoso. Henny estaba dispuesta a echarle la culpa de que su madre cantara esa canción:

*No se apoderarán de él, del libre, alemán Rin.
Aunque lo reclamen a gritos como cuervos codiciosos.**

—La guerra fue un acto criminal —soltó Käthe en la segunda línea—. Perjudicó a todos los países. Y el káiser es un sinvergüenza.

—También hubo actos de gran valentía, así que ahórrate los discursos comunistas en mi cocina, Käthe.

Ahí la tarde se torció.

Después, cuando Käthe hubo dado los pocos pasos que la separaban de su casa en la calle Humboldtstrasse, donde vivía sola con sus padres desde que sus hermanos pequeños habían muerto, Henny se permitió soñar por un momento que tenía una habitación propia. Un cuarto en el que su madre no estuviera siempre presente.

Käthe y ella habían crecido siendo vecinas. Los padres de Henny se habían mudado al edificio de cuatro pisos de la esquina, en el barrio de Uhlenhorst, en el este, cerca de Barmbeck, poco

* *Sie sollen ihn nicht haben, den freien deutschen Rhein. / Ob sie wie gier'ge Raben sich heiser danach schrein.* Canción patriótica y nacionalista de 1840 dirigida contra los franceses. (N. de la t.)

antes de que Henny empezara a ir a la escuela. Henny vio a la niña de pelo negro con trenzas y el delantal torcido el primer día de clase. Al igual que ella, Käthe llevaba en la mano el cucurucho con dulces que les habían regalado sus respectivos padres en ese día tan importante. De la cartera asomaba el trapo con el que limpiarían la pizarra, que ondeaba con el viento, igual que las trenzas ondeaban con el viento. Trenzas negras, trenzas rubias. Era un día de tormenta.

—Mira qué mal atado lleva el delantal —comentó Else Godhusen. Entonces ya tenía esa mirada severa y esa actitud tan poco complaciente con los demás.

El día anterior, antes de irse a la cama, su madre aún cantó a pleno pulmón tres largas estrofas más de la condenada canción, muy a pesar de Henny, a quien la última línea atormentó en sueños: *«Hasta que sus crecidas hayan sepultado los restos del último hombre»*.

La persiguió sin piedad, y sólo el chirrido del columpio logró acallarla de una vez por todas.

Henny se puso el traje de lana gris perla que Else le había confeccionado a partir de uno de su padre, la blusa blanca con ribetes y, por último, se ató las botas.

—Vas de punta en blanco —aprobó Else—. Aprovecha y disfruta de la libertad, pero a mediodía te quiero de vuelta en casa.

Henny dio un beso fugaz en la mejilla a su madre y cerró la puerta al salir. En la calle se detuvo, miró al segundo piso y se despidió con la mano de Else, que, como siempre, estaba asomada a la ventana. Después se agachó y volvió a atarse una de las botas negras.

En el escaparate de Salamander había visto unos zapatos de tacón de suave ante. Quizá se diera el capricho cuando empezara a trabajar en la Finkenau, para comenzar con buen pie una nueva vida. Lejos de su madre Else.

—Y vuelta a empezar —había dicho Käthe la tarde anterior, y levantó el puño mientras Henny la seguía con la mirada desde la puerta. De pequeñas tenían que dar de seis a ocho grandes saltos para llegar desde la casa de Henny, en la esquina de la calle Schubertstrasse, a la de Käthe, en Humboldt, que estaba justo enfrente. Käthe era la que más saltaba.

Una habitación propia. Una puerta que pudiera cerrarse con llave. Con su sueldo de enfermera podría habérsela costeadado, pero su madre no quería que se fuera, y ya sólo dejar el dormitorio de sus padres fue una prueba de fuego, porque desde que había estallado la guerra dormía en el lado de la cama de su padre en lugar de en la cama plegable de cuando era pequeña.

Henny ocupó la inmaculada salita que estaba reservada a las ocasiones especiales y se instaló en la otomana hasta que su madre acabó permitiéndole recuperar la cama plegable del desván para ponerla en la sala. Eso había sido el invierno anterior, y desde entonces la llave de la puerta había desaparecido.

Por la mañana, cuando oyó el columpio, la asaltó otro recuerdo: el abejorro muerto que había encontrado una vez en el patio. La pequeña Henny se sorprendió de que los abejorros pudieran morir en verano. Su padre cogió el insecto y, tras acomodarlo en su gran mano, lo llevó al campo para enterrarlo.

Su bondadoso padre, que se dejó arrastrar por la locura de esa guerra. «*Castillo fuerte es nuestro Dios*», cantaba mientras se afeitaba delante del espejo el último día que pasó en casa. Cuánto echaba en falta a Heinrich Godhusen su hija.

—Tendrás que lavarte las manos a conciencia si vas para comadrona —advirtió Karl Laboe mirando a su hija, que estaba de espaldas.

—No te preocupes —respondió Käthe. Recogió agua con las

manos y se la echó en la cara. El resto lo dejaría para más tarde, cuando su padre no estuviera.

—Pues yo diría que eso es lavarse como los gatos.

—Prefiero ir a la piscina que tener que aguantar tus miradas.

—Cuidadito con esa lengua, Käthe. Todavía vives bajo mi techo, y no creo que la cosa vaya a cambiar mientras aprendes el oficio. —Karl Laboe apoyó las manos en la mesa de la cocina y se levantó del canapé. Tenía la pierna rígida desde el accidente en el astillero, pero esa pierna tiesa lo había librado de ir a la guerra. Aunque la vida allí, al frente del hogar, tampoco era precisamente un plato de su gusto, sin mucho que llevarse a la boca y con las dos mujeres que dependían de él—. Tu madre llegará tarde. La han cogido en un sitio nuevo. En casa de unos señoritos de la calle Fährstrasse. Ahora limpia ahí.

—Ya lo sabía. Y ahora vete de una vez.

—Tu padre no es un tren expreso —contestó Karl Laboe, y cogió el bastón, que estaba apoyado contra la mesa.

Käthe exhaló un suspiro de alivio cuando por fin oyó que se cerraba la puerta. Si fuera a trabajar a la fábrica podría independizarse antes. En la clínica se pasaría dos años de aprendizaje, una eternidad. Pero daba lo mismo, Henny tenía razón. ¿Cuándo se iba a atrever a hacer algo si no lo hacía ahora, a sus diecinueve años? Pero ¿por qué se oponía así su padre a que ella, la única hija que le quedaba, llegase a algo en la vida?

Se quitó la combinación y continuó lavándose. El agua de la palangana se había enfriado y el jabón era áspero como una piedra pómez.

—Me alegro de que quieras llegar a algo en la vida —afirmó Rudi, el muchacho al que había conocido en enero en las Juventudes Socialistas. Rudi, con sus rizos castaños, que trabajaba de aprendiz de cajista en el *Hamburger Echo*. Era seis meses menor que ella, y siempre le estaba leyendo poesía. Bueno, no siempre.

Pero durante los dos meses que habían pasado desde enero, por lo menos habían sido cuatro poemas. Bien podría ser que ese día le leyese un quinto, mientras ella se comía un pastelito rectangular en el café del hotel Reichshof. Todavía no le había preguntado a Rudi de dónde sacaba el dinero para permitirse esa extravagancia.

Lina sacó del armario la sábana grande, la que tenía bordadas las iniciales de su madre. Era una de las pocas cosas buenas que no habían llevado al mercado negro, y sin embargo eso no bastó para salvarlos durante el mísero invierno de los nabos. Su padre había muerto en 1916, dos días antes de Navidad, y su madre, en enero. En el certificado de defunción, el anciano médico de cabecera hizo constar «insuficiencia cardíaca», lo cual era un gran eufemismo. La desesperación de su hermano Lud, que por aquel entonces tenía quince años recién cumplidos; la primera certeza, en un primer momento reprimida, de que sus padres habían muerto de hambre para asegurar que sus hijos sobrevivían.

Los Peters estuvieron muchos años intentando tener hijos, pasaban ya de los cuarenta cuando vino al mundo Lina, en 1899, y dos años después nació Lud. Tanto el padre como la madre amaban a sus hijos por encima de todo, y se sacrificaron por ellos, una idea que era difícilmente soportable. A Lud lo hacía sufrir mucho más, si cabía, que a ella.

Lina se sacudió, como si así pudiera librarse de esos pensamientos, y abrió la puerta del cuartito contiguo a la cocina, en el que su hermano, que era un manitas, había instalado una ducha. Quizá habría sido mejor que desempeñase un trabajo manual, en lugar de entrar de aprendiz de comercio. Lud quería trabajar de comerciante porque eso era lo que había sido su pa-

dre. Tantos esfuerzos para preservar algo; ¿qué sentido tenía? No eran más que cosas del pasado.

Se desvistió, dejó la ropa en el taburete y se metió bajo la ducha. Al principio sólo salían unas gotas de agua. Lud había hecho un empalme con la tubería de la cocina, que estaba pared con pared con la que antes era la despensa. No era la solución ideal, pero sí mucho mejor que lavarse sólo por arriba y por abajo en el fregadero, y de todas formas hacía mucho que no había nada que guardar. La poca comida que tenían cabía en el armario de la cocina y en el alféizar de la ventana.

El jabón raspaba, pero empezó a salir un chorro de agua. Con la carne de gallina, Lina se lavó y se secó hasta enrojecerse la piel. Reparó en la ropa. Era absurdo llevar corsé cuando a una se le podían contar las costillas. Bastaba y sobraba con ceñirse el cinturón del holgado vestido.

En el segundo verano de guerra, el profesor de dibujo animó a sus alumnas a que no se sintieran obligadas a llevar esas prendas estrechas con las que no podían ni caminar. Pronunció las palabras *barbas de ballena* como si fuesen inmorales. Era admirador de Alfred Lichtwark, célebre historiador de arte, y partidario de la pedagogía reformista, y Lina, que tenía dieciséis años, estaba perdidamente enamorada de él. Después se enteró de que había caído en Francia, el país donde ansiaba vivir.

De él le quedaron la idea de lo que podía significar amar a un hombre y la intención de ser maestra para poder cambiar algunas cosas en las escuelas de su estado. Porque ¿era una temeridad pensar que la pedagogía obsoleta tenía su parte de culpa en esa guerra espantosa, ya que había formado a un ejército de personas sometidas?

Incluso en los últimos días de la contienda Lina tuvo miedo de que llamaran a filas a su hermano. Sin embargo, el aprendiz de comerciante de Nagel und Kaemp, fabricante de grúas de

barcos y de puerto, se libró de ir a la guerra. Lina le había prometido a su madre que cuidaría de él y, al menos, eso lo había conseguido.

Se puso el vestido y llevó el corsé a la cocina. Aunque hacía ya tiempo que el cuchillo afilado no tenía nada que cortar, se deslizó por el corsé como si fuese de mantequilla. Lina casi experimentó placer al hacerlo, mientras se acordaba del profesor de dibujo.

Ida dio un grito. Hasta ella misma era consciente de la irritación que dejaba traslucir su voz; se dispuso a gritar de nuevo, con voz rasposa. ¿Iba a responder Mia de una vez? Esa muchacha nueva era una borrica. Ahora que ya salía agua caliente del grifo, ninguno de los criados bajaba al sótano a por carbón para encender la estufa, y allí estaba ella, esperando una eternidad para poder bañarse.

Se miró los dedos rosados de los pies, que asomaban del suave y largo albornoz de rizo, y las uñas brillantes. Tenía diecisiete años y todo en su vida era de color rosa.

La guerra había sido un fastidio. No se podía comer de todo, y al cabo de poco tiempo también se habían quedado sin las exquisitas telas para confeccionar vestidos que llegaban de París y de Londres. Conocía a personas cuyos hijos habían fallecido, pero, por lo demás, ellos no habían sufrido muchos padecimientos, ni siquiera habían pasado hambre. Los Bunge tenían los mejores padrinos.

Friedrich Campmann, que se había formado como banquero en Berenberg, había salido bien librado de la guerra. Su padre vería con buenos ojos que fuese benévola con sus insinuaciones. ¿Significaba ese muchacho algo para ella?

Ida desechó el pensamiento con un leve movimiento de ca-

beza, aunque nadie la estaba observando. O sí. La borrica entró en ese momento y se la quedó mirando.

—Estoy esperando a que me prepares el baño —dijo Ida—. Que el agua esté bien templada. Y sé generosa con el aceite.

—¿No puede preparárselo usted misma? Tengo muchas cosas que hacer.

Ida Bunge cogió aire. Desde los días de la Revolución, esa gente se había vuelto muy descarada. Toda esa chusma. Le bastaba con chasquear los dedos y su *maman* despediría a la tal Mia. Por lo visto, la borrica debió de pensar eso mismo porque hizo una ligera reverencia, fue deprisa a los grifos y se inclinó sobre el agua, que corría humeante en la bañera.

—Déjalo —decidió Ida—. Y ponte a hacer lo que tengas que hacer. Ya estás como un tomate. Dicho sea de paso, ¿cómo es que tienes tanta energía? ¿De tanta comida disponéis?

Mia parecía muy cohibida. Volvió a hacer una reverencia y se retiró. ¿Cuántos años tendría? Seguro que no era mayor que ella.

Ida cerró el grifo del agua caliente y añadió algo de fría. Con el agua caliente la piel envejecía antes, decía *maman*. Ida cogió el frasquito de aceite de píceo y echó un buen chorro en la bañera. Cerró la puerta antes de quitarse el albornoz y permitirse mirarse un rato largo en el espejo. Lo que vio le pareció demasiado bueno para Campmann, que no podía ser más tieso aunque su padre le augurase un gran futuro. La señorita Bunge salió de su ensimismamiento y se metió en el agua verde oscura, que olía como a dos hectáreas de bosque.

Estuvo mucho tiempo en el agua, pensando cómo sería tomar las riendas de su vida. Ese pensamiento la llenaba de satisfacción y era posible que la salvara del terrible aburrimiento que sentía.

Henny permaneció un rato bajo la marquesina de Salamander, en la avenida Jungfernstieg, mirando el escaparate. Los zapatos con los que soñaba desde hacía semanas ya no estaban expuestos, los demás eran más caros aún. Se planteó entrar para preguntar por los de tacón color vino de suave ante, pero quizá fuera mejor guardar el dinero para permitirse pequeñas libertades.

La primavera acababa de empezar, y ella ya esperaba con impaciencia el verano. Habría muchas diversiones si uno tenía algo de dinero, estando tan cerca el lago Alster: montar en canoa con su amiga Käthe, nadar en la piscina al aire libre junto al parque Schwanenwik. El último verano que había sido feliz tenía trece años. El siguiente llevó consigo el miedo a la paz.

Poco después de que terminara su período como aprendiz en el hospital Lohmühlenkrankenhaus le fue asignado el hospital militar, que se hallaba en el edificio de la escuela para ciegos, en el número 42 de la calle Finkenau.

Henny recordaba el día en que las enfermeras acompañaron fuera a los soldados heridos que podían caminar para sacar una foto de grupo. Muy pocos se habían puesto el uniforme y la mayoría llevaban la bata blanca del hospital con la gorra panadero, la de los soldados rasos.

Henny se situó detrás del fotógrafo y miró más allá del grupo, a la maternidad de enfrente, donde una señora acababa de salir del portal de la Finkenau con un pequeño bulto en brazos.

En ese preciso instante Henny supo que ése era su sitio. No quería ser enfermera, sino comadrona. Ansiaba profundamente ver vida nueva, en el hospital militar ya había visto a diario demasiado dolor y sufrimiento.

Después, en noviembre del año anterior, la guerra terminó por fin y ella solicitó una plaza de aprendiz en la Finkenau. Su madre la apoyó, aun cuando en casa se echara en falta su sueldo.

Henny tuvo que esperar a que pasaran coches de caballos y de punto, además de dos carros, para cruzar la Jungfernstieg y llegar al Alster. Los arbolitos que festoneaban ese lado de la calle exhibían las primeras hojas verdes, el cielo gris se había abierto y ahora también era azul, y en las copas alborotaban los gorrones.

Dar un paseo, comer el puchero de Else, ir a casa de Käthe para ver cómo estaba pasando uno de sus últimos días libres. Pero ¿no le había dicho Käthe que quedaría con Rudi a la hora de la comida?

Henny tenía muchas ganas de conocerlo. Daba la impresión de que a su amiga le gustaba mucho ese joven al que había visto por primera vez en enero. Ella pasaba mucho tiempo imaginando a su príncipe, aunque enamorarse era algo que aún estaba pendiente en su lista de deseos.

El *petit four* blanco que Käthe eligió tenía perlas plateadas; le habría gustado pedir uno más, de los verde lima decorados con pequeñas violetas de azúcar, pero le dio la sensación de que Rudi se ponía muy nervioso, quizá no llevase bastante dinero en el bolsillo.

Se sentaron bajo una de las grandes arañas que bañaban de luz el café del Reichshof. Qué bien sentaba estar en el lado luminoso de la vida, con un pequeño tenedor en la mano. Sin embargo, Käthe lo dejó a un lado, cogió una perlita glaseada y se la puso en la lengua para prolongar el placer.

Rudi bebió un sorbo de té y se metió la mano en el bolsillo de la americana. El poema para acompañar el pastelito. Käthe intentó poner cara de interés, pero los versos le pasaron inadvertidos, y a la cabeza le vino su madre, que ese día había empezado a trabajar en una casa señorial. ¿Acaso no era Anna quien

sustentaba a la familia? ¿Y no lo sería más ahora, sin el dinero que antes aportaba Käthe? Su padre tenía treinta y cuatro años cuando sufrió el accidente en el astillero, y la pensión de invalidez era escasa.

Y allí estaba ella, sentada con Rudi bajo esas arañas. Dos jóvenes cuyas simpatías viraban hacia la izquierda y a los que sin embargo gustaba el esplendor. ¿No era una contradicción?

Aunque a Rudi le gustaba más aún la poesía que el esplendor. Su forma de inclinarse sobre el papel, con un rizo cayéndole por el rostro, el gesto con el que se lo apartaba de la frente. Tenía unas manos largas y finas. Rudi era el joven más guapo que había conocido en su vida. Le habría gustado besarlo con el dulzor de la perlita en la lengua.

Con todos esos pensamientos en la cabeza, Käthe se olvidó de comerse despacio el pastelito. Adiós muy buenas. Como el poema.

Rudi dobló la hoja y se la guardó. Al ver el plato vacío de Käthe, lamentó no poder comprarle otro pastelito. Le cogió la mano, le puso una última perlita de azúcar que se había caído del plato y besó la mano y la perla.

Sentado en su despacho en la penumbra, el padre de Ida se ocupaba de sus negocios y, muy en particular, del caucho del Amazonas.

En el mercado no había caucho. Durante la guerra habían confiscado incluso las ruedas de las bicicletas para cubrir las necesidades del ejército, ya que el material sintético escaseaba. Tampoco quedaban ruedas de bicicleta, y él seguía sin poder hacerse con su excelente caucho brasileño.

Aún no se había levantado el bloqueo de los puertos alema-

nes y la globalización que había enriquecido a los comerciantes de Hamburgo ya se había esfumado. ¿Qué había sido de Alemania? El káiser se marcha y Albert Ballin se suicida ingiriendo veneno ese mismo día al ver destruida la obra de su vida. Claro que para el káiser ellos no eran más que mercaderes de poca monta. Nadie estaba a la altura de su majestad, probablemente ni siquiera el mismo Ballin. ¿Qué había dicho justo al principio, el gran armador que convirtió Hapag en la naviera más importante del mundo y los llevó a todos ellos a países lejanos?

«La guerra es una necesidad que estalla.»

No podía confiar a su esposa Netty que él opinaba lo mismo. Ella lloraba la pérdida del káiser; él, no. Él sólo echaba de menos los viejos tiempos, cuando era fácil ganar dinero.

Ahora Netty había contratado a otra criada y a una asistente, porque al parecer las otras dos empleadas no daban abasto. Carl Christian Bunge sacudió la cabeza. Una cocinera, dos criadas, una asistente y el jardinero. El chófer no contaba: era indispensable. ¿O acaso iba él a conducir el Adler?

Ida tenía que enamorarse como fuera de Campmann, que olía a éxito y a dinero, para eso Bunge tenía olfato. De ese modo, su exigente hijita estaría bien provista y él sólo tendría que tratar como una reina a Netty, que era una esposa encantadora, pero tenía el cerebro de una ardillita. Aunque las ardillas también eran graciosas.

Su hija era harina de otro costal. Tenía una inteligencia viva, muy viva. Pero desde que había terminado su formación en el establecimiento de la señorita Steenbock, Ida no había vuelto a hacer nada. No tenía ninguna motivación y estaba mimada. Demasiado mimada. Aunque él también tenía su parte de culpa en eso.

Quizá debería buscar otra fuente de ingresos. Ahora su amigo Kiep, por ejemplo, se dedicaba a la compraventa de bebidas

alcohólicas. Era algo que se podía pensar. Antes o después, los franceses volverían a estar en el panorama.

Por consiguiente, debían cenar juntos, Kiep y él. Hacía ya algún tiempo desde la última vez; entonces comieron en el hotel Atlantic y se bebieron una botella de Feist-Feldgrau, aunque lo cierto era que a él no le gustaba el vino espumoso. Los Feist, de la comarca del Rin, eran patriotas judíos, como lo había sido Ballin. Una lástima.

Su mujer Netty, la ardillita, a la que habían bautizado Antoinette, arreaba a la nueva empleada. ¿Se habría equivocado con la tal señora Laboe? Era la segunda vez que pasaba por alto unas manchas en el suelo, esta vez en el terrazo del invernadero.

Netty Bunge señaló un rincón donde unos vistosos ornamentos alegraban el terrazo blanco y negro. Junto a una maceta con una palmera se distinguía una mancha; era como si alguien hubiese dejado allí un tarro de mermelada de cereza y hubieran quedado cercos pegajosos.

—Confío en que ponga más cuidado. Aquí no durará mucho si comete este tipo de torpezas —advirtió con una voz tan cargada de reproche como el dedo índice que apuntaba al rincón.

Anna Laboe habría jurado que allí no había ninguna mancha cuando había limpiado el invernadero hacía un cuarto de hora. Pero no la habían contratado para protestar. Sólo se permitió soltar un suspiro cuando la señora se hubo marchado. Bastaba una jornada de trabajo en la casa de los Bunge para compartir la opinión de Käthe, aun cuando su hija se hubiera vuelto demasiado de izquierdas hasta para Karl. Éste seguía creyendo en sus socialdemócratas, aunque no habían tardado en doblegarse ante el káiser y la patria.

¿Qué resultado obtendrían en las elecciones? A su hija le sa-

bía mal no poder votar aún, ahora que las mujeres podían hacerlo por primera vez. Por su parte, Anna Laboe no se privaría de ir a votar al colegio electoral con Karl. Además, cogida del brazo de su esposo, a éste le resultaría más fácil volver a casa después.

Se arrodilló en el terrazo y limpió la mancha roja sin que pudiera explicarse ese pegote, que sin duda le habría llamado la atención. Mermelada de cereza no era.

Horas después estaba sentada a la mesa de la cocina, sin quitarse ni el abrigo ni el sombrerito plano. Delante tenía dos bolsas de papel, de las que salieron rodando unas tristes patatas y cebollas que Anna Laboe miró con cansancio, como si no supiera qué hacer con ellas. Y eso que pronto sería hora de cenar.

—El despacho del señor es de un tono tan inquietante que te da la impresión de que vas a morir ahogada en un lago profundo del bosque —comentó sin volverse hacia Käthe, que había entrado en la cocina y había subido la luz de la lámpara de gas—. La arpillera verde oscura de las paredes parece barro. Y además hay macetas con helechos en peanas. Mia dice que es muy elegante. Es una de las criadas, también es nueva. Limpia el polvo y saca brillo a los muebles. A mí no me dejan ni acercarme a ellos. Sólo he entrado en el despacho porque se ha caído un florero y estaba todo empapado. Me han contratado para eso, para los suelos y los retretes, y para la bañera, donde la señorita se pasa horas.

Käthe miró el reloj de la cocina: las seis. Y no había ni rastro de su padre. Era capaz de meterse en los bares incluso en pleno día.

—¿Has estado diez horas en esa casa? —preguntó.

—He ido a las galerías Heilbuth a comprarme una bata. Me veía muy poco presentable. Y luego al verdulero, a por patatas.

—El lago de un bosque —repitió Käthe, aunque estaba pen-

sando en la bañera donde la señorita se ponía en remojo—. ¿Todas las habitaciones son así? ¿Con barro y helechos?

—Sólo el despacho del señor. La cocinera dice que antes de la guerra hizo dinero con el caucho en Sudamérica. Puede que allí le tomara cariño al verde. ¿Se puede saber dónde está tu padre?

—No lo he visto desde esta mañana, pero tampoco he estado mucho en casa —contestó Käthe.

—Ojalá no se haya vuelto a emborrachar. Todavía no ha superado la muerte de los pequeños. Y para colmo lo de su pierna.

—¿Y cómo lo has superado tú? —preguntó su hija.

Anna Laboe movió la mano sin fuerzas.

—Me alegro de que hayas entrado en la maternidad. Quiero que lo sepas, Käthe, aunque para ti signifique tener que seguir aguantando estas estrecheces.

—¿Has visto cómo se bañaba la señorita?

—He echado un vistazo, pero estaba cubierta de batista blanca del cuello a los tobillos. Se llama Ida.

—Y, además de eso, ¿qué se supone que hace una señorita? Su madre se encogió de hombros.

—Y tú, ¿dónde has estado todo el día? ¿Has visto a ese muchacho? ¿No es muy joven para ti?

—Somos del mismo año; yo en enero y él en julio.

—Lo principal es que sea un buen chico —afirmó Anna Laboe.

Käthe se sentó en una silla y empezó a acariciarle las manos a su madre. Olvidó quitarse el abrigo.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Karl Laboe—. Vosotras sentadas con la ropa puesta y la cara mustia, y la cena sin preparar.

—Hueles a alcohol —espetó Käthe.

—Eso a ti no te importa.

—No discutáis —pidió la madre, y se levantó para sacar dos cuchillos del cajón. Puso uno delante de Käthe.

—Quitaos de una vez el abrigo —dijo Karl Laboe, dejándose caer en una de las sillas de la cocina—. ¿O por qué no coges la jarra y vas a por cerveza, Käthe? Para celebrar que tu madre ha conseguido entrar en esa casa de ricos.

—Ya has bebido bastante por hoy —respondió Käthe, que le quitó el abrigo a su madre y salió con él al pasillo.

—¿Y bien? ¿Cómo te ha ido con los señoritingos, Annsche? —oyó que preguntaba su padre. «Annsche.» Ese diminutivo cariñoso que hacía tanto que no le oía. La segunda sorpresa se la llevó cuando entró de nuevo en la cocina: Karl Laboe había cogido uno de los cuchillos y se había puesto a pelar las patatas—. Las patatas no se cuecen solas —comentó.

Rudi Odefey opinaba que la dejadez que la madre de Henny atribuía a Käthe era sensual, y a él le gustaba una barbaridad. Si había algo que le molestaba de Käthe era que no compartía su amor por las palabras.

Le había leído un poema de Anna Ajmátova:

—«Todos hemos envejecido cien años. Y en tan sólo una hora. El verano cede al otoño los campos. La tierra, abierta por el arado, humea».

Käthe no mostró ninguna emoción ante las palabras, se limitó a dar buena cuenta del pastelito con las perlas de azúcar plateadas, que una vez más le había costado una fortuna.

—El poema se titula «1 de agosto de 1914» —informó—. Pero no lo escribió hasta 1916. La poetisa es de San Petersburgo.

Käthe asintió y se relamió con la esperanza de poder disfru-

tar de otro dulce bocadito. A pesar de eso, él quería a Käthe como a ninguna otra persona, salvo, quizá, su madre, que por desgracia tampoco compartía su amor por la poesía.

Rudi sacudió los oscuros rizos, que eran demasiado largos para el gusto del anciano Hansen, con el que aprendía el oficio de cajista. Sin embargo, éste solía reírse a carcajadas con las cosas que le desagradaban. En la imprenta se oían muchas risas.

El *Hamburger Echo* era uno de los portavoces de la clase obrera de la ciudad, aunque al comienzo de la guerra había cambiado de orientación y le hizo la rosca al káiser y a la patria. Sin embargo, Rudi no podría haber encontrado un lugar mejor para formarse: allí estaba muy cerca de las palabras.

¿De quién habría heredado esa pasión? De su madre no, de eso no había duda. Quizá del hombre cuyo alfiler de corbata dorado llevaba él ahora a la casa de empeños para tener más dinero. La cadena del reloj ya la había empeñado. Confiaba en poder rescatar algún día esas piezas heredadas que le había regalado su madre el día que él hizo la confirmación.

Su padre había desaparecido antes incluso de que él naciera. Una única foto mostraba a un hombre joven aceptable, con sombrero y levita, delante de un paisaje alpino pintado en un estudio fotográfico.

Ya de pequeño había averiguado que era hijo ilegítimo, pues solía revolver en el cajón en el que su madre guardaba los documentos y leía todo cuanto caía en sus manos. No había mucho más que leer. El único libro que había en casa era *La canción de mi vida*, de Rudolf Herzog, que a los diez años ya se sabía de memoria.

—Después, la boda no se celebró —le dijo su madre, y le puso en la mano la cigarrera con la leontina, el alfiler de corbata y la fotografía, sin desvelar si el novio había muerto. Él la vio tan turbada que habría sido cruel presionarla para que le dijera

la verdad. Y así quedó la cosa. No habían vuelto a hablar del tema.

Rudi subió los gastados peldaños de la escalera de madera, se detuvo ante una puerta con cristales grabados en el primer piso y se sacó la bolsita de fieltro del bolsillo de la americana. En el alfiler de corbata no había mucho oro, de manera que depositó sus esperanzas en la gran perla que lo adornaba, aunque probablemente fuese de cera.

Se fiaba del viejo prestamista. Por la leontina le había dado más de lo que esperaba obtener. Con ello no sólo financiaba los pastelitos de Käthe, sino que también había comprado para su madre un chal de algodón auténtico y, para él, un volumen de poesía de Heinrich Heine.

Detrás del mostrador, el anciano se acomodó la lupa en el ojo y examinó lo que Rudi había heredado de ese padre al que no había conocido.

—Un alfiler de latón chapado en oro con una perla de Oriente. Asombrosos materiales para desposarse. ¿De dónde ha sacado la pieza?

—Es heredada —repuso Rudi—, igual que la leontina que le traje. —Quizá fuera buena idea recordarle que mantenían una fructífera relación comercial desde hacía tiempo.

—Antes de la guerra en Hamburgo había algunos peristas a los que les gustaba transformar los objetos robados.

Rudi se puso rojo. ¿Su padre, un perista?

—Mi madre se hizo con esta joya hace diecinueve años —aseguró el chico con rigidez.

El anciano lo miró:

—No sospecho de usted, joven. En mi oficio es absolutamente necesario conocer bien las joyas y a las personas.

Rudi miró el billete —veinte *reichsmarks*— que el viejo había dejado sobre el mostrador. También esta vez era más de lo

que esperaba. Quizá lograra mantener apartada a Käthe del Reichshof y pudiese tentarla con la pastelería Mordhorst, que ofrecía bollitos de hojaldre a escondidas y sin cupones. Se imaginó la cantidad de bollitos que podría comer Käthe en ese sitio, en lugar de un único pastelito francés.

Y eso que estaba muy delgada. Durante un instante, sus ideas se perdieron en el recuerdo de los pequeños pechos de Käthe, que ella le dejaba acariciar. No se andaba con tonterías.

—¿Acepta los veinte?

Rudi se ruborizó por segunda vez. Asintió y alargó la mano para coger el billete. Así decía adiós a los tesoros de la stirpe Odefey.

Lo asaltaba un recuerdo: su madre dándole cucharadas de aceite de hígado de bacalao. Sabía fatal, y sin embargo creía acordarse de una sensación de bienestar, y para él la cuchara llena del untuoso aceite era, desde hacía tiempo, un símbolo de amor y seguridad.

Lud Peters anhelaba volver a tener una familia: padre, madre, hijos. Como la que había tenido hacía poco más de dos años. Su hermana, Lina, no fundaría su propia familia cuando terminara el seminario de maestras. Eso era algo que le estaba vedado, como si ingresara en un monasterio. A las maestras no les estaba permitido casarse y, si se oponían a ello, perdían el derecho al empleo y la pensión. Lud sacudió la cabeza con sólo pensarlo.

De manera que aumentar la familia Peters dependía de él. El único pariente cercano que aún vivía era una hermana de su padre ya muy mayor, que pasaba su vejez en un convento en Lübeck. Pero ¿dónde iba a encontrar a una mujer que lo amara y estuviese dispuesta a fundar una familia con él? Lina no lo

había tomado en serio cuando le expuso esta preocupación y mencionó los diecisiete años que tenía. ¿Acaso sus padres no habían empezado demasiado tarde y por eso las fuerzas se les habían agotado antes de tiempo?

Lud contempló el canal Osterbeck, cuyas aguas atrapaban los últimos rayos del sol vespertino. Por fin la primavera se respiraba en el aire. Al otro lado del canal se erguía la fábrica de Nagel und Kaemp, en la que una vez más había vuelto a desperdiciar un día de su vida. Quizá Lina tuviese razón y el comercio no fuera lo suyo; pero si quería tener mujer e hijos debía aguantar y echar unos cimientos sólidos.

Pasó por delante de la fábrica de gas y se adentró en el barrio de Barmbeck, no le apetecía ir a casa aún, aunque Lina quizá lo estuviese esperando con la cena lista. Lo sacaba de quicio: se burlaba de sus anhelos y quería convencerlo de que él no tenía la culpa de lo que había sucedido.

Pero ¿cómo podía ser que él se comiera lo que su madre y su padre le ponían en el plato a diario sin darse cuenta de que ellos se morían de hambre por Lina y por él?

Fue hasta la calle Alten Schützenhof y le vino a la memoria la tarde que en esa esquina, cogido de la mano de su padre, había visto cómo sacaban a palos a un guardia de una taberna. Uno de sus primeros recuerdos era el de él sintiéndose seguro de la mano de su padre y viendo al guardia como un hombre ridículo.

Más adelante vio a una pareja joven que iba hacia él de frente. La muchacha iba comiendo un bollo de hojaldre y sin embargo conseguía besar al joven, que después se pasaba la lengua por los labios. ¿Lo hacía para saborear el beso o sólo el dulzor pegajoso del bollito? Un bollito de hojaldre. ¿Dónde los venderían? A Lina le gustaban, los comía encantada antes de la guerra. A punto estuvo de hacer de tripas corazón y preguntar a la

parejita dónde habían comprado el bollo. Pero de pronto sintió frío y empezó a caminar dando zancadas para huir del frío y la soledad, y echó a correr hasta verse delante de la casa paterna, en la calle Canalstrasse, donde vivía con Lina.

En el maletín de comadrona que su madre le había regalado por su cumpleaños no había nada salvo un frasquito de alcohol, una jarra para lavativas y las palanganas esmaltadas, que las correas de cuero mantenían sujetas en el fondo. De todas formas se habría sentido avergonzada por su falta de conocimientos, incluso teniendo el equipo completo. El día siguiente era 1 de abril, el comienzo de su nueva vida. Käthe estaba muy nerviosa, y eso que intentaba tomar bastante azúcar para calmar los nervios.

A Henny le había gustado Rudi. Lo había conocido el día anterior, por fin. Las había invitado a Käthe y a ella a tomar un chocolate en el café Vaterland* que en realidad no era tal, sino tan sólo una bebida marrón dulce y caliente, pero los poemas de Heine que Rudi les leyó eran excelentes. Los últimos versos de «Suavemente atraviesa mi alma» los recitó con él, algo que lo hizo sonreír y a Käthe arrugar la frente.

*Y cuando veas una rosa,
dale mi saludo.*

Antes de que se declarara la guerra ella iba con su padre a ese café, que por aquel entonces todavía se llamaba Belvedere. Cuando todo estalló, el dueño cambió esa palabra extranjera por otra alemana sin perder tiempo; la alusión a la patria era omnipresente. Sin embargo, los hamburgueses no permitieron que se lo

* En alemán, «Patria». (*N. de la t.*)

arrebataran todo, e incluso Else seguía diciendo *trottoir*, como en francés, en lugar de *acera*.

No enamorarse de Rudi era una cuestión de honor. Hasta el momento a Henny no le había gustado ningún otro hombre, tan sólo en una ocasión, brevemente, un joven del hospital militar al que, una vez restablecido, volvieron a enviar al frente y de cuya suerte ella no sabía nada.

Un hombre que leía poesía. Ni siquiera su padre hacía eso. Mientras iba por la calle Finkenau como si estuviera perdida, Henny temió haber estado pensando demasiado en el novio de su mejor amiga.

—¿Piensas llevar eso mañana? —preguntó Karl Laboe—. ¿No tenemos nada mejor que esa antigualla?

Käthe levantó la vieja bolsa de tela de su madre y la observó.

—Está deformada por la cantidad de nabos y repollos que ha metido dentro tu madre.

Käthe se quedó boquiabierta: ¿a su padre le preocupaba la imagen que ofrecería su hija el primer día en la Finkenau?

—Por lo menos se puede cerrar.

—Voy a ver si encuentro algo mejor. —Karl Laboe se puso de pie y salió renqueando de la cocina. Käthe lo oyó abrir cajones en el dormitorio. Cuando volvió, sostenía delante del pecho su vieja cartera como si fuese un escudo—. Con esto iba todos los días de madrugada al astillero —dijo Karl Laboe con la voz empañada.

—Lo sé, papá. —Käthe miró a su padre casi con cariño. En la cartera de cuero marrón no llevaba mucho más que bocadillos. Sin embargo, algo la conmovió profundamente.

—Está un poco desgastada, pero déjame a mí. Sólo habrá que lustrar las rozaduras con betún de zapatos, que todavía tengo.

¿Habría hablado su madre con él? ¿Le habría dicho que la animara? ¿Que, puesto que era la única hija que había sobrevivido a la difteria, a ella debían ir dirigidos todos los cuidados que pudieran prodigarle?

Su padre empezó a buscar en el baúl donde guardaba los útiles de los zapatos. Probablemente en el aire flotasen demasiados sentimientos.

Ella había sido la primera en enfermar. Tenía diez años, y sus hermanos, seis y cuatro. Ellos dos no fueron los únicos del barrio que murieron de difteria, pero a Käthe nunca la abandonó la sensación de ser la culpable de la muerte de los pequeños, ya que había sido ella quien llevó la enfermedad a la familia. ¿Se la transmitiría su padre? ¿Le guardaría él rencor por haber sido la más fuerte? Karl Laboe todavía lloraba la pérdida de esos hijos que tanto tiempo había esperado, y a menudo se mostraba rudo en su dolor.

—Mira, Käthe, qué lustroso está quedando.

Karl Laboe le echó el aliento a la cartera y siguió frotando con el paño que había sacado del baúl y que todavía conservaba grasa de días pasados.

La cartera no era una pieza magnífica ni lo había sido cuando la compraron, muchos años atrás, pero Käthe la recibió como si fuese un tesoro: una declaración de amor de su padre.

Else Godhusen estaba de mal humor. El día anterior, domingo, día del Señor, se lo había pasado entero en el lavadero haciendo la colada, porque no se había acordado antes de que Henny debía llevar el uniforme el primer día en la Finkenau.

La lejía había vuelto a salpicarle cuando el agua de la tina se calentó y la ropa presionó la tapa. Ni con la cuchara de madera pudo evitar las rojeces en las manos allí donde le había saltado,

y ahora su hija no quería ponerse el uniforme de enfermera recién planchado.

—Por lo menos, el delantal blanco —pidió Else— y la blusa. No hace falta que te pongas la cofia.

—Iré vestida con ropa de calle —afirmó Henny—. Las otras chicas tampoco llevarán uniforme. Si te empeñas, meteré el delantal en el maletín.

Su madre opinaba de manera distinta. A fin de cuentas, siempre era bueno destacar desde el principio. Era importante que el profesor y los médicos se fijaran en su hija y se dieran cuenta de que era del ramo. Henny enarcó las cejas cuando su madre expuso ese argumento.

—Cuando haces eso te pareces a tu padre —le reprochó Else.

Henny sonrió. Recordó a su padre, levantando las cejas, reaccionando irritado a algún gesto soberbio de su mujer, pero siempre con cariño.

¿Idealizaba a su padre? Quizá aquel que ya no estaba presente tenía más posibilidades de ser objeto de un amor incondicional. Quizá siempre hubiese sido más hija de su padre.

—¿Irás a recoger a Käthe o vendrá ella?

—La recogeré yo.

—Me gustaría ver cómo va. Bueno, probablemente se arregle como es debido —observó Else Godhusen, y tras la decepción anterior, por lo menos tuvo la sensación de haber dicho la última palabra.

Ida consideró una inocentada prematura* que su padre no sólo no parara de hablar de Campmann, sino que además interca-

* En Alemania el día de los Santos Inocentes se celebra el 1 de abril. (N. de la t.)

lara en su discurso las palabras *compromiso matrimonial*. No cumpliría dieciocho años hasta agosto, ¿a qué venían tantas prisas? Seguro que pronto volverían a celebrarse bailes en los que poder exhibirse y Campmann no sería el único que pidiera su mano. Su padre actuaba como si fuera urgente buscarle marido.

Seguro que la borrica de Mia no tenía esa preocupación. Inmóvil y sin hacer ruido, situada en lo alto de la gran escalera, Ida observaba a la criada, que colocaba tulipanes en los floreros abajo, en el recibidor. Parecía la hija del carnicero que era, con el rostro siempre sonrosado.

Ida se inclinó sobre la barandilla. En ese momento, abajo había algo más que tulipanes y floreros. Ahora Mia tenía una botella en la mano, a saber de dónde la habría sacado. Se la llevó a los labios.

Su primer impulso fue llamarla, como si tuviera que advertirla de algo. Pero Ida no dijo nada. Mia bebía abajo, y ella lo veía desde arriba. ¿Qué decía siempre *maman*? «Quién sabe, quizá se le pueda sacar algún provecho.» Tras contemplar la escena, Ida se sacó el pañuelo de la manga del vestido de seda. También el pañuelo era de la mejor calidad, y tenía sus iniciales: I. B.

Lo soltó y el pañuelo cayó lentamente al recibidor, a los pies de la criada. Cuando Mia levantó la cabeza, no vio a la señorita, pero supo sin lugar a dudas de quién era el pañuelo y entendió que su mensaje era una amenaza en toda regla.

Eso era la felicidad, pensó Rudi, ese instante. Cogido de la mano de Käthe, el tímido verde de los árboles, el cielo azul. «Grabarlo en la memoria —pensó—, eternidad.» ¿Por qué no se habrían casado sus padres? ¿No se amaban lo suficiente?

—¿Quieres casarte conmigo, Käthe?

Ella le soltó la mano y se detuvo.

—Menuda bobada, Rudi, primero tengo que terminar en la Finkenau. Una bobada, una bobada de campeonato. Además, pensaba que eras un revolucionario. No hace falta que nos casemos.

—Veo que te gusta la palabra *bobada*.

—Me gustas tú, pero ya puedes ir olvidándote de lo de casarnos.

Rudi estuvo a punto de preguntar por qué, pero no lo hizo. Probablemente su propia historia familiar fuese la razón de que se mostrara tan insistente.

—No tiene que ver con el hecho de que le dedicaras esa sonrisa tan dulce a Henny sólo porque se sabía de memoria un poema.

—Estás celosa, Käthe. ¿Qué sentimiento revolucionario es ése? —Rudi sonrió, agradecido de que su noble pretensión no siguiera empañando el momento. Tal vez, en efecto, fuese demasiado pronto.

—Sentémonos en ese banco de ahí —propuso Käthe.

Por la mañana, su padre con la cartera y, por la tarde, una proposición de matrimonio. Y ahora, para colmo, Rudi cogía una florecita que crecía entre la hierba, junto al banco, y se la ofrecía.